

Anuncio de la Palabra



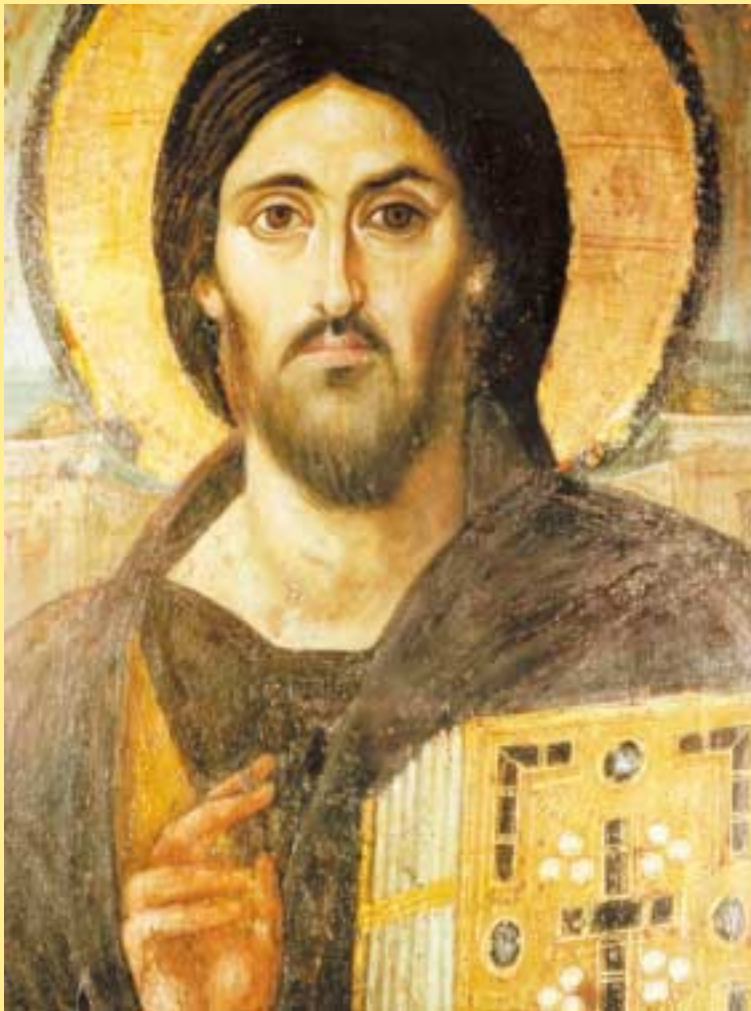
Alimentarnos de la Palabra para ser «servidores de la Palabra» en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Ha pasado ya, incluso en los Países de antigua evangelización, la situación de una «sociedad cristiana», la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. He repetido muchas veces en estos años la «llamada» a la nueva evangelización. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento

apremiante de Pablo, que exclamaba: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas», sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos. Sin embargo, esto debe hacerse respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y atendiendo a las diversas culturas en las que ha de llegar el mensaje cristiano, de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud.

La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de Pablo cuando decía: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1 Co 9,22). Al recomendar todo esto, pienso en particular en la pastoral juvenil. Precisamente por lo que se refiere a los jóvenes, como antes he recordado, el Jubileo nos ha ofrecido un testimonio consolador de generosa disponibilidad. Hemos de saber valorizar aquella respuesta alentadora, empleando aquel entusiasmo como un nuevo talento (cf. Mt 25,15) que Dios ha puesto en nuestras manos para que los hagamos fructificar.

Juan Pablo II,
en Novo Milenio Inneunte



El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve el carácter misionero de todo el Pueblo de Dios, concretamente el apostolado de los laicos, subrayando la contribución específica que éstos están llamados a dar en la actividad misionera.

La necesidad de que todos los fieles compartan tal responsabilidad no es sólo cuestión de eficacia apostólica, sino de un deber-derecho basado en la dignidad bautismal, por la cual los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio —sacerdotal, profético y real— de Jesucristo.

Los laicos, por consiguiente, tienen la obligación general, y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo.

Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*

Los jóvenes educados por Don Bosco, al hacerse buenos, se hacían santamente agresivos, celosos, o sea, misioneros entre sus compañeros.

Don Bosco los animaba a:

- trabajar en favor de los compañeros en la vida cotidiana, a través del ejemplo, la ayuda amigable para superar las dificultades, el apoyo del ambiente educativo;
- abrirse a las grandes perspectivas apostólicas de la Iglesia y a las necesidades de la sociedad (las misiones, la paz, la solidaridad, la construcción de una nueva civilización del amor), traduciéndolas en acciones inmediatas en la situación y en el ambiente donde se vive y se actúa;
- promover grupos, asociaciones y movimientos en los que sean protagonistas de una fe comprometida y atenta a la promoción humana y a la transformación del ambiente;
- profundizar las propias motivaciones y concretarlas en un proyecto evangélico de vida y en una opción vocacional.

Éste es el camino que han recorrido Domingo Savio, Laura Vicuña y muchos otros jóvenes santos de nuestra Familia. Los invito a seguir sus huellas, a hacer propio el programa de vida cristiana ofrecido por Don Bosco y vivido por ellos.

¡Ánimo, pues! Camina juntos a ustedes una gran multitud de compañeros y compañeras, y de modo especial María Auxiliadora, nuestra Madre y Maestra; confíenle a Ella todos los días este compromiso para hacer de su vida lo que Dios sueña para ustedes.

P. Pascual Chávez
Rector Mayor

Veintidós jóvenes en El Petén

Modesto Vásquez
Salesiano, 27 años



En Semana Santa 22 jóvenes tuvimos la oportunidad de compartir una experiencia de misión en el Vicariato Apostólico de Petén, Guatemala.

Por dos meses, en tardes de domingo, estuvimos formándonos con temas que nos ayudarían a prestar un servicio misionero responsable.

Estuvimos presentes en 14 aldeas de las parroquias Santa Elena, El Remate y Santa Ana. Las experiencias fueron diversas, pero el punto de convergencia fue el anuncio del misterio de la salvación, el cual fue acogido con alegría y sencillez.

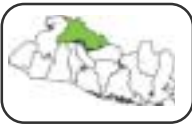
Todos concordamos en que el contacto con la realidad, el ser protagonistas de la Buena Nueva, y la experiencia de fe sencilla y profunda se pueden presentar como síntesis de esta vivencia.



A pesar del cansancio, renuncias e incomodidades, este tipo de iniciativas, sigue siendo para los jóvenes muy válida, ya que llevan a un compromiso serio y responsable en la construcción del Reino.

Llamada y comprometida a ofrecer mi tiempo

Zuleyma E. Rivas Mendoza
20 años, estudiante de Ingeniería Industrial



Desde que tenía 14 años sentí el deseo de vivir una misión pascual. El 2003 fui invitada por un amigo a unirme a un equipo misionero, con el cual realicé mi primera experiencia misionera para semana santa en la parroquia San Juan Bautista de Chalatenango (El Salvador).

Este año retorné al mismo lugar, un pueblito llamado El Jícaro, con un equipo de cinco personas, cuatro laicos y el P. Lidier Martínez, salesiano.

Colaboramos en varias actividades: celebración de la Palabra, retiros espirituales para niños y jóvenes, visitas a enfermos, momentos de oración para adultos y especialmente la celebración del triduo pascual. Estuvimos activos desde el lunes santo hasta domingo de resurrección.

Estas experiencias me han ayudado a encontrar a Jesús en las personas más sencillas. Ahora comprendo mejor lo que Jesús decía: No he venido por los sanos, sino por los enfermos.

Me identifiqué más con los niños y las niñas porque ya tenía experiencia con preadolescentes en el grupo EPRE. Pero su situación peculiar



exigía un trato diferente. Me identifiqué mucho con un grupo de niñas (Sonia, Lupita y Shana) con las que jugábamos, cantábamos, hacíamos caminatas... y hasta me enseñaron a bajar mangos.

Ahora me siento llamada y comprometida a ofrecer mi tiempo en las fiestas de pascua en donde me necesitan.

“Ay de mí si no evangelizo”

Kathleen Flores,
cooperadora salesiana
y **Alejandro Pineda**,
aspirante a cooperador
salesiano



Inspirados en este grito de san Pablo, cuarenta y seis misioneros del Movimiento Juvenil Salesiano y de los Cooperadores Salesianos fuimos a animar por cinco días las celebraciones de Semana Santa en seis comunidades rurales: San Jacinto, Loma Larga, Las Pavas, Cirilo, Camalote y El Rosario Opoteca, en Comayagua (Honduras).

Ayudamos también a fortalecer los grupos juveniles e infantiles en cada comunidad. Pudimos desarrollar talleres de manualidades y de salud.

Aprendimos también al conocer el trabajo de los celebradores de la Palabra.

Para comprender las miserias de los que sufren, los marginados, los necesitados, es necesario tener hambre con ellos, compartir sus alegrías y tristezas.

Recibimos más de lo que dimos. Salimos del cascarón y nos enfrentamos a la realidad del país, vivimos con el pueblo sus necesidades. Ellos, nuestros “destinatarios”, se convirtieron en nuestra familia.

Este ejercicio de Misión es un ejercicio de vida, que nos hace crecer, cultiva nuestra fe y nos hace cosechar amor, recibido en cada abrazo, mirada y sonrisa de agradecimiento, que nos dice: “Gracias por traernos a Jesús”.



La intensa experiencia comunitaria vivida fortaleció al grupo misionero. Pudimos compartir responsabilidades y vida común, además de la oración de grupo y las celebraciones con la comunidad. Creció nuestra disponibilidad para servir al que más lo necesita. Pudimos descubrir el rostro de Jesús en nuestros hermanos.

Evangelio con almuerzos y cafecitos

Francisco Javier Rodríguez
23 años, Salesiano



Cinco novicios salesianos, residentes en Cartago (Costa Rica), más su asistente, también salesiano, fueron de dos en dos a animar pastoralmente tres pequeñas poblaciones de San Pablo de León Cortez.

A pesar de trabajar en lugares distintos, sus experiencias se asemejan en mucho. Las tres parejas sirvieron en pequeñas comunidades rurales. La explicable aprensión por ir a un mundo desconocido quedó pronto disipada por la buena acogida que recibieron. Animaron las celebraciones de la sema-

na santa. Dedicaron particular atención a los niños y a los jóvenes. Visitaron familias y enfermos.

Les sorprendió encontrar en esos pueblos una raigambre apretada de parentescos entre los habitantes de una misma población.

Estos misioneros novatos pudieron experimentar el gusto por la evangelización casa por casa. La gente se mostró sensible al mensaje, demostrándolo con almuerzos y cafecitos.

Los evangelizadores quedaron también evangelizados. En-

contraron más de un ejemplo de auténtica santidad familiar y de fortaleza cristiana para sobrellevar situaciones críticas

De regreso, los curtidos evangelizadores no dudan en calificar como de oro su experiencia misionera.



Una experiencia que llena el corazón

Osman Ramos Guzmán
Asistente de Pastoral Juvenil
Centro Juvenil Don Bosco,
Managua



Durante un mes se prepararon cincuenta jóvenes para la misión de semana santa. Ellos provenían de los ambientes de salesianos y salesianas.

A las cinco de la mañana emprendieron viaje hacia Nandaime, Rivas, Camoapa y Boaco, poblaciones de Nicaragua, donde quedarían distribuidos en pequeños grupos.

En cada población los jóvenes misioneros fueron recibidos con cariño y atenciones, con lo se les demostraba lo mucho que los esperaban.



La parte medular de la misión fue la animación de las celebraciones del triduo pascual. Hubo también encuentros con niños, jóvenes y adultos.

Los jóvenes misioneros regresaron satisfechos y con deseos de repetir la experiencia.

Quería vivir una semana diferente

Emilio Alejandro Mendoza
18 años, estudiante universitario

De mis 18 años de vida, tengo 13 años de haber compartido mi educación al estilo de los salesianos, ya que estuve en el Colegio Salesiano Don Bosco desde 1° grado hasta terminar mis estudios de bachillerato (año 2003). Ahora estudio en la Universidad Don Bosco.

En Semana Santa comprendí el significado de ser un salesiano de corazón. Esto lo descubrí mediante una experiencia que cambió mi vida: el haber colaborado en la

misión salesiana en Raxruhá, Guatemala.

Quería vivir una semana diferente, al servicio de los más pobres y en una realidad totalmente diferente a la que estaba acostumbrado. Mis naturales temores ante la novedad se disiparon gracias a la ayuda de mi amigo Gerardo Guzmán, quien me invitó

En Raxruhá nos pusimos al servicio de la Comunidad de las Hijas del Divino Salvador. Colaboramos en los preparativos y en el desarrollo de una Semana Santa muy diferente para mí. Participamos en procesiones, en la animación de cantos y colaboramos en la ambientación de la iglesia para la Hora Santa.

Lo más importante fue el haber realizado un retiro para jóvenes. Era mi primera experiencia como animador. Me descubrí como instrumento en los planes de Dios.



La experiencia misionera vivida en Raxruhá me ha llevado a integrarme en el equipo de pastoral del Colegio Don Bosco. Ahora colaboro en retiros para jóvenes. Mi vida está adquiriendo un nuevo sentido.



Misión para los jóvenes

Edward De la O Castellón, salesiano, 30 años, médico

Fuimos cuatro los seminaristas salesianos enviados en misión de Semana Santa a Santo Domingo de Suchitepéquez (Guatemala): José Manuel España, Marvin Mena, José Díaz y yo. José debió regresar por motivos de enfermedad.

Partimos el sábado por la tarde. Era mi cumpleaños. El párroco de Santo Domingo, P. Hugo Reyes, con espíritu y práctica salesianos, nos recibió y



nos presentó ante sus fieles como seminaristas salesianos.

Nuestra misión consistiría en animar a las comunidades y aldeas, incluyendo de manera especial a los jóvenes. También compartimos nuestra experiencia vocacional con unos jóvenes que aspiran a entrar al seminario diocesano.

El domingo de Ramos recorrimos cuatro aldeas celebrando en cada una la solemnidad. Tuvimos la oportunidad de participar en la misa crismal en Mazatenango, compartimos el almuerzo con el obispo y su clero, nos encontramos con otros seminaristas en misión.

Animamos retiros de comunidades, de acólitos, del grupo juvenil,

preparamos con los jóvenes el monumento del jueves santo, jugamos en el patio con los niños y los jóvenes, vimos la película *La Pasión*, cargamos en las procesiones.

No podía faltar un paseo al río con caminata salpicada de cantos y juegos. Los dotados para el canto y la música también ensayaron y enseñaron nuevos cantos al coro parroquial. Yo, con menos dotes musicales, me reuní con los agentes de pastoral de enfermos y me llevé la sorpresa de que la mayoría eran jóvenes; también visité enfermos, muchos de los cuales eran jóvenes.

Al regresar, mi última despedida fue para mi amigo, que vivía solo con su abuela y había sido abandonado por su padres desde temprana edad.

Al principio sentía nostalgia

Salvador Sandoval
Estudiante universitario

Tengo siete años de vivir la semana santa en campo de misión. He aprendido lo que significa hospitalidad, pues la gente me ha tratado como un invitado de lujo.

En estos campos de misión he aprendido a valorar lo que tengo y a conformarme por lo que no tengo. He aprendido a comer de todo, desde pescado envuelto en huevo, que tanto detesto, hasta fresco de carao. Este año debí comer pescado todos los días. He debido adaptarme a su vida difícil, sabiendo que la gente con frecuencia no tienen qué comer.

Las celebraciones han sido lo más importante. El primer año no me sentía seguro y dudaba de mi preparación para dar a conocer la Palabra de Dios. Pero experimenté que era un instrumento de Jesús y que el fervor de la gente me animaba.

Las comunidades en que he convivido se han caracterizado por su completa entrega a las celebraciones, su unidad y amabilidad servicial.

Al principio sentía nostalgia por dejar mi familia y aventurarme a un lugar donde no conocía a nadie.

El hecho de ir a misión en equipo ayuda a profundizar la relación interpersonal y a descubrir amistades duraderas.



Como aspectos pintorescos, recuerdo haber tenido que dormir con mis compañeros junto a murciélagos muertos, haber participado en vía crucis de 33 estaciones por aquello de la edad de Cristo, los apuros de mis compañeras de misión al no haber ni letrina ni baño, o la cena en un velorio con nueve tamales por plato.

Un don que compromete

Claudia Ángel Abogada,
cooperadora salesiana

El poder contemplar la sencillez de la gente de las aldeas, el compartir la riqueza de su cultura, su apertura, amabilidad y especialmente, su increíble generosidad y alegría, son parte de los tesoros que Dios me permitió apreciar durante la experiencia misionera de semana santa en Tierra Linda, aldea lejana en Chisec, Alta Verapaz (Guatemala).

Pude comprobar que, en la medida que nos esforzamos en dar, aunque sea un poquito, por la construcción del Reino, salimos ganando. Allí Dios se me hizo más cercano. Percibí su presencia cuando ponía palabras en mi boca o en las impresionantes montañas verdes que nos rodeaban o en las sencillas perso-

nas con quienes tuve la suerte de convivir.

El encuentro con ese mundo tan nuevo para mi compañera Ann Karen y para mí nos llevó a cuestionarnos seriamente sobre el aprecio por nuestras raíces y sobre la capacidad de compartir espiritual y materialmente, que allí palpamos.

Desde su impresionante pobreza, la gente nos dio sus mejores alimentos. Se abrían a nosotros contándonos sus problemas y sueños. La escasez de agua en el lugar nos hizo apreciar este valioso elemento. Nos impresionó el amor que tienen a la Eucaristía, ya que deben caminar largas horas para celebrarla en contadas ocasiones.



Nos encantó su simplicidad de vida, en contraste violento con nuestro estilo estresado y nuestro afán consumístico.

Esta semana santa fue un regalo de Dios para nosotras. Quedamos invitadas a madurar nuestro encuentro con Cristo, sobre todo en la eucaristía, en el encuentro con las personas sencillas y en la vida cotidiana.

Haber colaborado con los ministros de la comunión, los miembros del coro, del grupo juvenil y con toda la comunidad fue una fuerte experiencia de iglesia.

Lo mejor resultaron los encuentros con los niños y los adolescentes.

Al final, no importó ni el cansancio ni el extremado calor ni el sacrificio de las vacaciones, porque vivimos un pedacito de cielo.



Me recibieron con los brazos abiertos

Juan Bautista Simón Cúmez seminarista salesiano

Llegué a Ciudad Flores, en el vasto y caluroso Petén, al amanecer del Domingo de Ramos, después de viajar toda la noche. Casi de inmediato fui enviado por el párroco de la Iglesia de Melchor de Mencos, con el joven Marlon Isaías Chinchilla, a una aldea de su territorio.

La misión consistió en la celebración y vivencia de la Semana Santa con la comunidad de "Los Encuentros". Ese primer día iniciamos con la procesión de Ramos y celebración de la Palabra.

Además de las celebraciones litúrgicas, organizamos diversas actividades como convivencias y paseos con niños y jóvenes, momentos de reflexión y oración con adultos, visi-

tas a las familias, dispersas éstas en un radio de tres kilómetros desde la iglesia.

En "Los Encuentros" se unen dos ríos. Este caserío está a unos cuarenta kilómetros de su cabecera, Melchor de Mencos. Lo habitan dieciséis familias, que se caracterizan por su amabilidad, sencillez, solidaridad, fe y amor a Dios.

Su interés por conocer más a Dios es palpable y se hace particularmente visible en su participación en las celebraciones litúrgicas. Los jóvenes, en particular, participan con mucha espontaneidad en las celebraciones. Fue llamativo el vía crucis del viernes santo, dramatizado por primera vez en la localidad.

Hay también un compromiso por la unidad y animación del grupo juvenil, que está creciendo y fortalecién-

dose con la ayuda de los adultos, quienes son conscientes de la importancia de tenerlos unidos y cercanos a Dios

La gente del lugar me recibió con los brazos abiertos, no como a un extraño sino como un enviado del Señor. Me propuse estar con la gente, darme a ellos y enseñarles, cuanto

sabía y podía y compartir todo lo que estaba en mis manos, por ejemplo la música, el dinamismo y la alegría.

Tanto ellos como nosotros hemos quedado satisfechos por esta bendición del Señor, Aprendí mucho de ellos: ser agradecido con el Señor por los bienes

que recibimos diariamente y compartirlos con los demás, su práctica del rosario en familia, su solidaridad con los demás y la lucha por mantener unida a la comunidad.



Regresé con las manos llenas

Rocío Guadalupe Mena Navidad.
25 años, estudiante de Comunicación Social. Aspirante a Cooperadora Salesiana

Llevo 6 años yendo a misionar a la zona de Chalatenango (El Salvador). Los primeros cuatro años fui con el grupo juvenil Iglesia Joven del Instituto Técnico Ricaldone y los últimos dos años con la Asociación de Cooperadores Salesianos.

Cada año ha sido una experiencia diferente por los lugares que he visitado y por las personas que he conocido

Por diversas tareas de la universidad, este año tuve que ir de misión hasta el Jueves Santo justo para iniciar el Triduo Pascual. Mi grupo estaba formado por Reinaldo Reyes, Carla Martínez y yo. Nos asignaron el cantón Hornitos, en Citalá.

Media hora después de haber llegado, estábamos celebrando la institución de la eucaristía. La celebración del Viernes Santo por la noche quedó sellada

con un solemne aguacero que nos empapó a Carla y a mí, camino de la casa donde nos hospedábamos.

El sábado organizamos una fiesta para los niños. Con los jóvenes tuvimos un momento de reflexión. Con los adultos celebramos la vigilia pascual. El domingo regresamos a San Salvador con las manos llenas de experiencias y satisfacciones vividas en Hornitos.



De dos en dos los mandó

Raymond Martínez
25 años, salesiano coadjutor

En Semana Santa los seis salesianos coadjutores de CRESCO colaboramos en la diócesis de Zacatecoluca (El Salvador) con la animación pastoral de algunas comunidades de la parroquia de San Francisco Chinamequita.



Esta experiencia de animación pastoral de comunidades rurales ha sido novedosa para algunos de nosotros. Nos ayudó a conocer más de cerca la realidad de este país. Calor, sed, cansancio no faltaron. Pero todo esfuerzo fue poco comparado con la extraordinaria experiencia de amistad, fe, inocencia, transparencia, lealtad a Dios y su Iglesia, fidelidad a la palabra de Dios que en cada comunidad nos mostraron sus habitantes.

Cada nombre, rostro, amistad, el compartir los frijolitos, las tortillas con sabor a leña y a hogar cristiano, el convivir por una semana con la gente son experiencias difíciles de olvidar.



El hecho de ser coadjutores salesianos resultó algo novedoso para las comunidades. La gente se asombraba de que hombres no sacerdotes vivieran una vida consagrada en comunidad.

Mi vida nunca será igual

Miriam Elizabeth Cruz H.
Aspirante a Cooperadora
Salesiana

Fue mi primera vez. La mejor Semana Santa que he vivido en toda mi vida. Todo comenzó con la invitación que me llegó para ir a misionar. Siempre había tenido esa inquietud, sentía el deseo. Gracias a Dios, todo resultó bien

Al principio sentía temor de no saber qué hacer. El temor desapareció al estar en el lugar de misión. Comencé a llenarme del Espíritu Santo. El viernes santo me sentía

totalmente dispuesta a llevar la palabra de Dios a los pobladores del Cantón El Viñedo en Olocuilta, La Paz (El Salvador).

Ser ministra de la eucaristía fue la experiencia más divina que he podido vivir hasta hoy. La adoración de la cruz junto a la eucaristía fueron las actividades de mayor protagonismo en que pude vivir de cerca la presencia del Espíritu Santo.

Hoy puedo decir con gran gozo: mi vida nunca más será igual. Sólo espero que llegue pronto la próxima Semana Santa para ir de nuevo a



misionar a donde el Señor me llame a servir.

Diez meses con los salesianos

Raúl Humberto Velis Chávez

Me gradué de bachiller en el Colegio Salesiano San José de Santa Ana, El Salvador, en el 2002.

A seis meses de haber iniciado mi vida colegial me sentí fuertemente atraído hacia la vida religiosa salesiana. Asistí a convivencias vocacionales mensuales que me llevaron a una opción por la vocación salesiana.

Al terminar mi bachillerato, la comunidad salesiana me envió a una experiencia de voluntariado juvenil misionero a Costa Rica.

A finales de enero del 2003 me encontraba en el Colegio Técnico Don Bosco, de San José (Costa Rica). Otros dos jóvenes, uno salvadoreño y el otro costarricense, fueron mis compañeros de experiencia.

Nos destinaron a la obra salesiana en Alajuelita (CEDES Don Bosco). Allí desempeñé servicios de sacristán, ayudante de profesor, profesor de religión, profesor de educación física, ayudante de pastoral, ayudante en el comedor etc. Me enriqueció la asistencia salesiana con los niños y niñas de la escuela y los muchachos y muchachas, tanto del colegio como del programa de nuevas oportunidades estudiantiles. Aunque difícil al principio, aprendí a conocer a niños y jóvenes en sus necesidades, inquietudes y dudas.

La acogida por parte de la gente tica y la belleza del país ayudó a que mi experiencia fuera inolvidable. El espíritu de compañerismo y de familia que vivimos con

todo el personal del colegio influyó fuertemente en mí. El haber vivido en una comunidad religiosa, una vez roto el hielo, me hizo sentirme un hermano más, a pesar de las notables diferencias de edades. Con los salesianos pude trabajar hombro a hombro y compartir con ellos momentos muy alegres en la mesa. La vida de fe en comunidad es algo que no tiene precio.

Si pudiera dar la mitad de mi vida por poder repetir esa experiencia, lo haría con todo gusto y sin pensarlo dos veces.



Bienaventuranzas misioneras

Felices los que misionan, porque misionando conocemos
y hacemos conocer a Jesús, porque les espera el Reino de los Cielos,
porque con su corazón humilde llevan a Dios a los que no lo conocen,
porque conocen la alegría que hay que dar,
porque con amor buscan nuevos amigos y amigas,
descubriendo a Jesús en cada uno de ellos y ellas.

Dan lo recibido, sin esperar nada a cambio.

Siguen el camino de Jesús, porque Él estará con ellos.

Creen sin haber visto y oran con fidelidad.

Buscan paz y tranquilidad,
porque recibirán
el Reino de Dios para siempre.

Son elegidos por el Señor para transmitir la Palabra de Dios.

Tienen hambre porque
van a ser saciados
Y los que no tienen
techo porque
en el Cielo tendrán
su hogar.

Poseen un corazón lleno
de amor para dar a los
demás.

Hacen brillar la luz de
Jesús.

Son mensajeros de
Dios y de la esperanza.

Saben compartir,
Porque, cuando
ellos necesiten a
Jesús, Él los asistirá.

No juzgan, no
critican y sólo
aman.



Estas bienaventuranzas las crearon los participantes en el Encuentro de Infancia y Adolescencia Misionera de Río Cuarto (Argentina) el 17 de noviembre de 2002.